

Salvador no apartaba sus ojos del cuadro, taciturno, sombrío, asiendo con las manos crispadas los rebordes del lienzo, como si pretendiese abrazar, después de enterrado, el cuerpo bello y caro de la esposa ida...

—»... ¡de la puerta del infierno!...—decía Refugio.

—»... ¡librala, Señor!...—baluceaban las chiquillas.

Apasionadamente, Salvador, solo y casi á obscuras, púsose á besar el desnudo insensible, llorando sofocado llanto amargo de hombre.

—»... ¡dulce corazón de María!...—decía Refugio.

—»... ¡sálvala!...—baluceaban las chiquillas.

Para alcanzar con sus ósculos á la parte inferior del cuadro, donde no llegó á pintar los pies de Emilia pero donde éstos debieran hallarse si el cuadro estuviera concluido, Salvador se postró de hinojos frente á su obra, á tiempo que Refugio y las chiquillas daban término al «Rosario de los Difuntos»:

—»... ¡por la sangre preciosa de tu Hijo!...

—» ¡¡Misericordia, Señor, misericordia!!»

Y al lloro de las niñas y de Refugio, que se incorporaban y apagaban el cirio; al sofocado llanto amargo de Salvador, que permanecía de hinojos ante el cuadro, clavada la frente en la ceja del caballete, oscilantes y encrucijadas las manos, haciales coro, desde el balcón abierto, el discreto caer de la lluvia menuda de la noche.

II

«Por las circunstancias que en Ud. concurren, el señor Presidente de la República ha tenido á bien nombrarlo catedrático de paisaje...»

Dudaba Salvador de lo que leía; volvía á leer el pliego, sonriendo á su pesar de mal contenido júbilo por lo que la cosa halagaba su amor propio. Era la cátedra, la cátedra soñada en la Academia de San Carlos, que tanto habían esperado Emilia y él, sobre la que tanto habían bordado planes cuando los presupuestos domésticos andaban flacos, á unos pasos de la bancarrota. Y ahora, que ya la venta de sus cuadros daba lo necesario para los gastos; ahora que la pobre Emilia ya no estaba ahí, con ellos, en el comedor en que Salvador releía el pliego y contemplaba á sus hijas; ahora aparecíase la tal cátedra, al mes del fallecimiento de quien más la ambicionaba, como una ironía á la muerta, que, con fe inquebrantable confió siempre en la realización del suceso y aún regañaba con Salvador, por los descreimientos que oponía á su ciega confianza de mujer sencilla que en las intervenciones divinas confía y en los milagros espera:

—Verás—decía á Salvador á cada nuevo desengaño,—verás: Dios nos la ha de dar...

—No, mujer—le contestaba él, irritándola cariñosamente,—Dios tiene más altas ocupaciones que enterarse de las vacantes de una escuela; si acaso, nos la dará Fulánez, que es ministro de Justicia y de la Instrucción Pública!—agregaba con entonación zumbona.

F. GAMBOA

A tiempo venía la cátedra, nó por el sueldo con que el Gobierno le remuneraba, sino por el derivativo que á Salvador iba á representarle distrayéndolo del ensimismamiento en que su viudez sumíalo más cada día. Era un espolazo á sus entusiasmos aletargados, á sus amodorradas energías, á la desgana para acometer todo lo que antes sacábalo de quicio, lo que ahora sufría en el lento discurrir del duelo. Sentíase tan solo y ¡tan solo estaba en efecto!... Porque sus hijas, amorosas y juiciositas, así se esforzaran sobreponiéndose á su edad, no podían ayudarlo á cargar el peso enorme de abandono y desolación que sobre él gravitaba. Y lo que es Refugio, la sirvienta honrada y leal, por su espíritu vulgar y su ininteligencia para asuntos íntimos y de fácil solución, que á ella resultábanle inaccesibles á causa de su inferioridad, podía ayudarlo menos aún de lo que las niñas con sus caricias, su compañía y el incesante preguntar de sus infancias curiosas y despiertas en ocasiones, lo distraían siquiera, lo apartaban de su idea fija de desolación y abandono.

Quedaban los amigos ¡por supuesto que quedaban!, pero alejados, en los segundos y terceros términos donde la clarividencia de Emilia habíalos catalogado cuando las dulces intimidades de ella y él, las charlas, al parecer frívolas, mas en realidad solemnes y trascendentales (á juzgar por lo que se nos graban y reaparecen á la larga), que seguían á las secretas reconciliaciones conyugales, á los perdones de la esposa por las incorregibles locuras del artista; cuando él arrepentíase de haberse recogido tarde y oliente á vino y á perfumes delatores de sus infidelidades corporales con mujeres que hoy se acariician y mañana se olvidan; cuando no sabía justificarle la inversión de una suma de dinero, gruesa para ellos...

RECONQUISTA

Siempre paraban en el perdón y en la paz, y Emilia entonces, hábilmente, explotaba la sumisa mansedumbre y los firmes propósitos de enmienda que los hombres tenemos á raíz de nuestros excesos. El malestar físico de Salvador, calmábalo Emilia con caricias de nodriza que arrulla al crío; y el malestar moral,—mezcla de vergüenza agresiva y de cobardías psíquicas,—arrancándole la venda que le cegaba con respecto al grupo extenso de individuos que por amigos y hermanos suyos se diputaban; y lo obligaba á participar de su criterio femenino y estrecho para juzgar de los complejos matices varios que informan las múltiples amistades de los hombres.

—Mira—le decía contando con los dedos el batallón de amigos:—Zutano no puede quererte de verdad, porque es de tu oficio; Mengano, porque lo que busca es que tú, ó cualquiera, bajo la máscara de la amistad, que lo mismo sirve para encubrir lo bueno que lo malo, más lo malo que lo bueno, le facilite dinero con que entretener sus vicios; Fulano tampoco puede quererte, porque pareceme á mí que no es nacido para querer á nadie, ni á sus gentes; ya ves cómo las descuida y maltrata... por ti lo sé, no me salgas ahora con que calumnio ó exagero...—Y continuaban los dedos de sus manos siendo la efigie del batallón de amigos nocivos, que Emilia iba aniquilando conforme los enumeraba; apenas si uno ó dos alcanzaba indulto, un indulto con limitaciones y taxativas.—Ese sí creo que te quiera, para que te lo sepas, pero no todo lo que tú imaginas, ni la mitad...

Salvador, entonces, protestaba contra los cargos y defendía inculpados, abultádoles las virtudes que de suyo poseían y hasta inventádoles nuevas, disminuyendo y disculpando los defectazos que no era honesto negar; aún

F. GAMBOA

reprochaba á Emilia su rigidez, lo implacable y estricto de sus excomuniones y sentencias. Pero ahora que Emilia no sostendría sus juicios ni los ilustraría con ejemplos patentes; ahora que sólo quedaba de ella el eco de sus palabras, Salvador reconocía lo atinado de aquellos juicios, calificaciones y diagnósticos. Sí, así era, en efecto; del grupo de sus amigos, uno ó dos, á mucho tirar, seríanlo de verdad. Salvador reconocíalo, mas reconocíalo contrariado y mohino por lo que significaba, el tal reconocimiento, de perdurable sujeción conyugal. ¿Hasta después de viudo había de continuar influenciado, á su pesar, por el criterio de su mujer, que, sin agravio de nadie, fué siempre muy inferior al suyo propio?... ¿Toda la vida iba á triunfar y á existir el equilibrio de Emilia, que, ese sí había sido superiorísimo al de él?... Y azuzado por secretos deseos de sacudir el ominoso yugo, de usar á su antojo de la libertad actual en que la muerte de Emilia tenía lanzado, empeñábase dentro de su caletre en ingrata tarea: desarraigar de cuajo el insistente influjo y conducirse á su guisa, tuerto ó derecho, que á la fin y á la postre ya no lastimaría á nadie entregándose al vaivén de sus inclinaciones é instintos; pues era mucho cuento ése de seguir pensando y conduciéndose como casado cuando es uno viudo... Antes, enhorabuena, hay á quien complacer, por quien sacrificarse y sacrificar viejas aficiones amables; pero ¿después?... Esta persistencia del influjo de Emilia, en su ánimo inquieto y voluntarioso, sacábalo de quicio y lo arrinconaba en una porción de pensamientos enrevesados y hasta infantiles; hacíalo cobrar por su viudez una ojeriza irrazonada, porque se la convertía en estado muy diverso de lo que él se la supuso á los principios... En ocasiones, sentíase gratitud exagerada por su muerte, que, á modo de inseparable guardián le recordara á tiempo, en

RECONQUISTA

misterioso lenguaje sin palabras, los peligros y simas de que en vida habíalo apartado; pero en otras, su amor propio de masculino, la inconfesada convicción de que ni cuando soltero, ni cuando casado, ni ahora y después de viudo, su conducta fué ni llegaría á ser intachable precisamente—antes tirando á irregular y muy medianeja,—tal convicción escociale, y por eso trataba de engañarse aun á sí mismo. Tumbado en el diván del estudio durante las muchas ociosidades á que se abandonaba á menudo por falta de estímulo, para disculparse, culpaba á Emilia, á sus solas, fuma que te fuma cigarrillos. Tampoco Emilia había sido perfecta, ni muchísimo menos; más perfecta que él, sin duda, pero perfecta enteramente ¿á que no?... Y todos los serios inconvenientes de las vidas conyugales, hasta en los matrimonios mejor avenidos como el suyo, desfilaban, de bulto casi, por el estudio en silencio: las diferencias mutuas, espirituales y físicas, que nunca se borran y sólo recíprocamente se conllevan; las asperezas que ni con el roce diario se ablandan ó disminuyen; los períodos, transitorios por fortuna, en que los cuerpos se repugnan y las almas se distancian, sin razón aparente que justifique el hecho; los millones y millones de leguas á que algunas noches se sienten el marido de la mujer y la mujer del marido, á pesar de que se hallan lado á lado, bajo una misma sábana que por igual los cobija, sobre de una misma cama, en la que ayer y mañana, ¡hoy nó!, se amaron y volverán á amarse... ¿por qué, si no han reñido, si han pasado, al contrario, una jornada afectuosa y harmónica? ¿Acaso los afectos más puros han menester, para no agostarse, de estas repentinas ausencias inexplicables? ¿Adónde van á ocultarse? ¿En qué sitio ignorado van á proveerse de mayores fuerzas? ¿Por qué nuestro corazón no se encuentra conformado para amar ó para odiar eter-

F. GAMBOA

namente á nadie?... Como ninguno, por supuesto, respondiese á Salvador estas preguntas que venía formulándose desde antes de enviudar, desde que observó el fenómeno y su repetición intempestiva y arbitraria, encendía nuevo cigarrillo, y ahondando, ahondando en su vivir matrimonial, llegaba, luego de hilvanar ésta intimidad y el detalle aquél, á una conclusión aterradora: en el fondo del amor palpita el odio... Y con eso sí que no apencaba, ¡un demonio! ¿Él odiar á Emilia?, ¡qué atrocidad! Ni antes, ni hoy, ni nunca... Y levantábase nervioso, corría en busca de sus hijas, á las que alarmaba con sus caricias, ó poníase frente al inconcluso cuadro de su esposa, armado de pinceles y colores, á terminar los pies desnudos que se resistían á salir, por más que los tuviera exactos en sus ojos ejercitados de artista, de tanto haberlos contemplado, y tibios y dulces en sus labios de amante, ¡de tanto haberlos modelado con sus besos!... Mientras pugnaba por trasladarlos al lienzo, en el que pintaba febrilmente y febrilmente borraba los intentos que no lo satisfacían, hablábale al retrato, al rostro vuelto que sólo él sabía de quién era:

—Ni te odié ni te odio, ¡qué horror!... ¡Es que sin ti estoy volviéndome loco... Pero te juro que te quise, te juro que te quiero todavía!...

Para huir á estos vértigos de su pensamiento, de veras temeroso de perder el juicio, con exquisitos miramientos retiraba la tela del caballete, exigía que las chiquillas le guardasen compañía y pintaba en otros lienzos.

—¡Evangelina!... ¡Magdalena!... ¡Vengan á jugar al estudio, y háganme ruido, mucho ruido, mejor!...

No sabía que ese estado anormal de su ánimo era la luna de miel de su viudez, y que, por grados incontrastables de olvido lento, el tiempo habría de aliviarlo. No sabía que con el dolor de las grandes separaciones nos ocurre lo pro-

RECONQUISTA

pio que con el sol en el firmamento: si en el cenit lo vemos, nos ciega y hace llorar; mas luego, conforme se aproxima á su ocaso y conforme en el ocaso se hunde, más y más podemos verlo sin llorar ni cegar, bañándonos en su decreciente luz, melancólicamente alumbrados por los haces de su diadema mortecina, hasta que las sombras de la noche—¡los incontrastables olvidos lentos!—de la memoria y de la vista nos lo borran.

Por lo pronto, asíase á sus hijas; violentaba su pensamiento encadenándolo á la persona de Emilia, á sus hechos y á sus dichos; y cada vez que su pensamiento rompía la cadena y cual perro bravío se iba por ahí tumbando esto y mordisqueando aquello, á Salvador cerrábasele el mundo y declarándose un insensible y un desnaturalizado sin par, recetábase largos silencios é inmovilidades que siempre paraban en rabiosas caricias á las pequeñas y en pláticas sin fin acerca de la muerta:

—Acuérdense de su mamá, hijas mías, ¿ó acaso no la recuerdan como yo, día á día y minuto á minuto?... Recuerden lo buena que fué... ¡buenísima!...—agregaba tras breve silencio;—buenísima, más buena de lo que Uds. y yo nos merecíamos... yo, sobre todo.

Y de ver lo suspensas que las chiquillas se quedaban ante semejantes preguntas en tono de reconvención innecesaria, más aún preocupábase Salvador de formularlas tan á menudo. ¿Por qué defender á la muerta con ese tesón, si nadie—y las pobres niñas menos que nadie—pensaba en atacarla siquiera? ¿La defendería de sí mismo? ¿Por qué, si su duelo era un duelo de veras?...

Ahí estaban de testigos sus noches, especialmente las primeras noches que siguieron al fúnebre suceso. Mientras las niñas oraban al lado de Refugio, Salvador recibía amigos y conocidos en el estudio, cuyo balcón se dejaba en-

F. GAMBOA

treabierto para que escapara el humo de los cigarros, para que también escaparan las interjecciones con que los hombres salpicamos nuestras conversaciones íntimas, y una risa que otra, desafinada por lo aislada; las risas que nacen como protesta de la vida contra la facticia taciturnidad de las visitas de duelo. Salvador limitábase á fumar y á escuchar; pero los otros, que habían principiado muy serios, de súbito enzarzábanse en una de las frecuentes discusiones que matizan las charlas de artistas, en las que todos hablan y se excitan, los fuegos de artificio de los intelectuales cuando se reúnen. Olvidábanse de Salvador, del objeto principal de la visita (acompañarlo en su pena y con él compartirla), y la disputa se encrespaba, oíanse manazos en los muebles, paseos en el piso, paradojas y teorías estéticas, chistes y sentencias; tan bien hermanado todo con el humo de los cigarros, que el eco de las voces, de las manotadas y de los paseos, como el humo abandonaba la estancia, por el balcón abierto del nido huérfano que un amor había edificado en la calle pacífica del barrio silente.

Salvador, en tanto, imitando á los moluscos que disponen de la facultad de encerrarse herméticamente dentro de su concha y encerrados abandonarse á peligros y oleajes, á vaivenes y ruidos, Salvador se encerraba dentro de su duelo, herméticamente, tanto, que en más de una ocasión los que discutían y apelaban á su voto, debían, primero, llamarlo repetidas veces—como llamamos al que nos queda lejos:—¿Tú que opinas, Salvador? ¿Verdad que éste es un bárbaro?... y que prescindir, luego, de su opinión y de su fallo ante los húmedos ojos del pintor y la indiferente ignorancia que revelaban en el mirar vago con que al fin contemplaba á sus amigos é intentaba entenderlos. Los visitantes, entonces, palpando lo inadecuado de sus extre-

RECONQUISTA

mos, truncaban sus disputas y el hablarse á voces, decapitaban chascarrillos y risas, y al cabo de breve tregua muda, despedíanse del viudo, fraternalmente, con palmadas y caricias en sus hombros:

—No, no salgas ni te levantes; acuéstate y procura dormir, para que mañana nos pongas mejor cara...

¿Dormir?... ¡Si no podía! Lo que hacía era soñar, en ese mismo rincón de su estudio sombrío, sin otra luz que la de los astros cuando los había, luz de luna ó luz de estrellas que con tenues claridades pálidas medio alumbraba la estancia, ó con una luz tristísima, la de sus recuerdos y evocaciones, más intensa mientras más apretaba los ojos y menos, materialmente, debiera advertirla. No bien partidos sus amigos, entrábanle en el taller su cena frugal, que se enfriaba encima de algún mueble antes de que él, con desgana, probase bocado. Ya las chiquillas dormían, en la estancia vecina de la matrimonial y en sendos catres colgados de pabellones blancos, al través de cuyos menudos tejidos, los resplandores vacilantes de la lámpara veladora daban á sus rostros de ángeles coloraciones nacarinas; á sus revueltas crenchas, opacidades de mármoles patinados de años, y al contorno de sus cuerpecitos en abandono de sueño, á los pliegues de abrigos, almohadas y sábanas, tonalidades de espuma y de siniestro, contornos de cadáveres insepultos que rodaran blandamente por sobre silenciosas ondas de un mar imposible que á traición y muy poco á poco—¡venido de quién sabe dónde!—se las arrebatara sin misericordia... Y cuando no se ponía á contemplarlas, de pie en medio de las dos camas, con tristeza infinita por lo que eran y por lo que serían, su visión de que también perdías acentuábase, y las despertaba, las despertó en dos ó tres ocasiones:

—¿Por qué te quejas?... ¡No te desabrigues, que vas á

F. GAMBOA

coger frío!...—les murmuraba piano, inclinándose sobre la una y sobre la otra.

Ellas, interrumpidas momentáneamente en su pesado dormir infantil, desperezábanse, cambiaban de postura medio dormidas, y, al reconocerlo le contestaban con incompletos balbuceos incomprensibles, ó con esas inefables sonrisas que los labios de los niños dibujan al acomodarse para seguir su sueño.

Tornaba Salvador al taller, á echarse en el diván, pero de modo que pudiera divisar el desnudo de su muerta, que mal se precisaba en las sombras del cuarto.

... Y resurgía su vivir conyugal, más el lado negro que el lado blanco ¡qué terquedad! Los disgustos y altercados de todas las vidas íntimas, el reñir por naderías, el contrariarse por asuntos de poco momento, el deseo mental de reconquistar la absoluta independencia del celibato, los arrepentimientos de haber quebrantado el propósito de no doblar jamás el cuello á la coyunda que tanto lastima á los comienzos, y, á veces, hasta á los finales de los que se casan... ¡Eso resurgía! Gesticulaba Salvador, acercábase al balcón y en los vidrios pegaba su frente, que le ardía; se preguntaba cosas extrañas, dudaba si nunca habría querido á Emilia ni Emilia lo habría querido á él; dudaba ¡ay! si, conforme los maldicientes asegúranlo, el tal matrimonio no fuese, en efecto, la tumba de los amores que cuando novios todo lo embellecen y diafanizan...

Muy lentamente surgía el lado blanco: las saudades tiernas, las plácidas membranzas que reaparecían é invadíanle el organismo entero. La hora, sin duda, el silencio, el hábito de años, de nuevo recobraban su imperio, traíanle pensamiento y cuerpo á la buena vía, á los serenos acostamientos castos en el ancho tálamo tibio, después de las jornadas de labor y de lucha; las criaturas, durmiendo á uno y otro

RECONQUISTA

lado de sus padres, cada una en su cama pequeña; el pudoroso desnudarse de Emilia, que á los tantos años de casada aún se cubría instintivamente su carne complaciente de esposa, y á gran prisa, guarneciase bajo las sábanas para que Salvador no riera, como reía, de sus precauciones de hembra recatada... Luego, la lectura de él, acostado y saboreando el último cigarrillo del día; y la plegaría de ella, fervorosa é interminable, á medio sentar en el lecho, apoyada en las almohadas, y su diluvio de persignares, que á modo de semilla que rindiese fruto portentoso é infalible, aventaba Emilia desde su asiento: por ellos, por sus hijas, por sus muertos, por los que sufren, por los que no se persignan, por los pobres, por los que se hallan en pecado mortal, por el género humano, por los que se encontrarían á millones y millones de leguas; cual si el imperfecto y convencional signo que hacía su mano, tuviese de veras milagrosa virtud y un alcance mayor que la cárdena luz de los relámpagos al desgarrar las nubes, sin que ellos mismos sepan dónde van á caer...

—¿Ya estás en tu siembra?—le preguntaba Salvador en broma. Y Emilia, sin contestarle, seguía, seguía mandando cruces redentoras y consolantes á todos los ámbitos de la tierra...

—¡Ya, ya acabé mi siembra, hereje!—le decía al terminar y acostarse, pegándose á él, brindándole su cuerpo limpio y sano, con un casto abandono primitivo. Al dulce contacto, truncaba Salvador la lectura, apagaba la vela, y, en las sombras de la estancia, apenas si se oía un desvanecido rumor de ósculos conyugales, sin estruendo ni lascivia, y el acompasado respirar de Evangelina y Magdalena, muy distantes—por su sueño y por sus infancias sin pecado—de esos acercamientos sacros, de ese perpetuo renovamiento de nupcias, indispensable para

F. GAMBOA

que del amor y de los besos, en divina floración, brote la vida.

Complaciase Salvador en prolongar estas reminiscencias, á causa del alivio que le proporcionaban á su pensamiento fatigado de tanto estropearse por los inconmensurables páramos de que el cerebro es absoluto dueño y señor único; esas millonadas de leguas que no acaban nunca, cuyas lindes desconocemos, estepas sin fin ni principio por las que nuestros pensamientos é ideas galopan desbocados y ciegos, sin más testigos que nosotros mismos, cuando la imaginación da suelta á los anhelos recónditos, á los secretos remordimientos, á los crímenes mentales que todos—hasta el justo—sin excepción perpetrarnos en más de una ocasión, que jamás confesamos; las estepas en que van y vienen, al paso, á la carrera, coceando, rugiendo, en tropel devastador de manadas dementes, las ideas y los pensamientos para siempre ocultos... Más tranquilo de cuerpo, más sereno de ánimo, Salvador iba y besaba el retrato inconcluso, que en seguida cubría cuidadosamente con un lienzo, luego se acostaba en la cama matrimonial—demasiado grande para él solo—y se dormía, al cabo de unos instantes de vela y más divagaciones, atento al rítmico respirar de sus chiquillas. Las primeras noches le ocurrió que debiera rezar por su muerta... pero achacó la ocurrencia, sin ponerla en práctica por supuesto, á lo excitado de sus nervios, á desfallecimientos y depresiones cerebrales... ¡Bah!... ¿Rezar, y rezar por los muertos?... ¡Qué niñería!...

Con empeño grandísimo propúsose, en cuanto saliera á la calle, consagrarse á su cátedra, en la que sembraría una porción de ideales artísticos nacidos y cultivados de años atrás en su individuo, á pesar de lo ingrato del medio y

RECONQUISTA

de las escasas probabilidades de sacar discípulo ó cosa de provecho. La escuela, la conocía de coro; por hijo de ella tenía y proclamábase, y si sus defectos ni con sus íntimos y compañeros de profesión los mencionara (¿para qué?...), no por ello menos se los sabía y más los deploraba; que tal es la suerte reservada á los buenos hijos cuando la madre, por inclinación propia ó por extrañas influencias, equivoca los senderos y á campo traviesa se lanza hasta el aniquilamiento y el descrédito: callar y lamentarlo, lamentarlo y callar.

De ahí que su nombramiento de catedrático tanto lo hubiese alegrado, porque no sólo oportunísimamente le llegaba para que él encauzara las energías que bullíanle por dentro de su organismo adulto de varón fuerte, y lo apartara, con el nuevo y noble derrotero, del derrotero torpe y mezquino á que quizá habríanlo conducido aquellas mismas energías, ociosas hoy, por la viudez, y por la ociosidad y lo punzante del recuerdo predisuestas á marcharse por ahí, en busca y demanda de consuelos de encrucijada, fáciles de descubrir y difíciles de despegar de las voluntades entristecidas y vagabundas.

También alegrábalo el nombramiento, porque á par que colmaba el viejo sueño de profesar su arte, dábale campo, y vasto, para meter su hombro al edificio todo, que, por incuria y algo peor, calladamente venía abajo... A ver si mientras perduraba su esfuerzo aislado, manos piadosas atajaban el interno y definitivo derrumbe de que se hallaba amenazada su amada, y, en otrohora, famosa Academia de San Carlos. Que no se cayera, Señor, que no se cayera...

Mucho disuadiéronle de empresa tamaña varios de sus amigos que aún le acompañaban por las noches, al saberla por boca del propio Salvador.

—No te metas en dibujos ni vayas á dar al traste con

33023

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
INDA. 1625 MONTERREY, MEXICO

F. GAMBOA

tu clase. ¡No seas tonto!... Limitate á enseñar lo que sabes, que para eso te pagan, y deja que ruede el mundo como mejor le pegue la gana; pues los redentores de verdad y los hidalgos más ó menos ingeniosos, ya sabes dónde paran: en los maderos de los Gólgotas ó en las estacas de los yangüeses...

Los independientes—y justo es consignar que éstos fueron la mayoría—amotináronse en contra de los tímidos, que, con discursos tales, ahogaban en flor propósitos que antes había que estimular y aplaudir para que cesaran de serlo y en realidades se transmutasen, en realidades urgentes é indispensables.

—Sigue adelante, Salvador, con lo que te has propuesto, que aquí estamos nosotros para ayudarte y sostenerte, caso que lo hayas menester, que no lo habrás...

Y por la trillonésima ocasión asistió Salvador á la batalla oral, pero sin cuartel, que los intelectuales—más que en ninguna otra parte—libran en México siempre que sale á relucir el problema del propio sustento; hurtado, según unos; ganado, según otros, en planteles, cargos, granjerías y sinecuras que el Gobierno derrama por la República entera. Agrío batallar que el pintor también sabíaselo de coro, sobre que hasta había tomado parte en alguno considerándose investido de innegable derecho á participar, precisamente porque nunca fué de los agraciados con esas mercedes. Ahora, sin embargo, dejó que el oleaje por su propia virtud se aquietara, y como desde sus épocas trabajosas de recién casado, desde antes, trazárase un plan de honestidad é independencia, de buen grado aceptó las felicitaciones de sus amigos beligerantes; al día siguiente daría principio á sus labores, presentaría en su cátedra, arengaría á sus alumnos con un puñado de frases, más que pensadas, sentidas, que los otros

RECONQUISTA

le aplaudirían por las promesas nobles y levantadas que entrañaran y que se verían palpar, abrir las alas entre las mallas de su retórica de hombre de acción y enamorado de su arte, por el que únicamente se preocupa y vibra.

Idénticos á los albores de todas las empresas—que sólo nos ponen de relieve sus lados halagüeños y sonrientes, aun de las más ingratas,—los albores de su próximo vivir sonreían á Salvador, le ahuyentaban sus tristezas reconcentradas, sus permanentes murrias, su inacción de cuerpo y espíritu y el vagabundear de su pensamiento con que la vindez se le apareció. Sus energías, otra vez despiertas, estiraban sus miembros, uno á uno, dándole fundadas esperanzas de que se hallarían ágiles y completas para muy en breve; no debía azuzarlas, ellas solas tornarían á su antiguo funcionamiento de engranaje de máquina echada á andar y que so pena de pararse, no consiente que un volante se retarde, ni un émbolo se esconda ó una muesca se oxide. La nueva existencia presentábase aceptable, muy aprovechada y distribuida, con su bastante de higiene, su mucho de labor y aun su poquillo de distracciones honestas, por supuesto que honestas, pues ni Emilia parecía dispuesta á tan pronto borrarse de los aposentos de la casita—en pie gracias á ella—y de sus moradores, ni así Emilia lo intentara consentiríanlo Salvador, sus hijas, la criada y el modesto inmueble. Era tiempo, pues, de sobreponerse al dolor y de atender á las niñas y á sí propio. Emilia continuaría reinando en sus memorias; en las sobremesas familiares que su nombre á cada paso mencionado venía á embellecer y á prolongar; en las plegarias filiales, que noche á noche encomendaban el alma de la madre muerta al Dios bondadoso que alumbraba sus infancias huérfanas; en los aposentos de la vivienda, todavía saturados del eco de su voz de mujer hacendosa,

F. GAMBOA

del de sus risas de esposa honrada y del de sus besos de madre: voces, risas y besos derramados sin medida, como si sabedora Emilia de su fin prematuro, á ellos hubiera apelado para contrarrestar los progresivos olvidos implacables con que todas las cosas y todos los seres vamos por siempre enterrando más y más á nuestros muertos. Emilia continuaría presente en la memoria suya, de Salvador, pues por razón natural las chiquillas olvidaríanla antes; continuaría, como en los buenos tiempos desaparecidos, presidiendo á las inspiraciones del artista, á los cuadros por concluir y á los cuadros por nacer,—pero no desde el ángulo del diván en que por no interrumpirlo ni distraerlo mordía la aguja, afligida de que, por hombre é imperfecto, se debatiera ante las dificultades inconfesadas de no poder trasladar al lienzo, adecuadamente, la magia del color, y la gloria de la luz y de la vida... ahora presidiría, silenciosa y prisionera, mirando allá... allá... á las regiones serenas que nosotros no alcanzamos á ver con nuestro miope mirar humano, desde la tela en que por dicha suya su pincel la fijó desnuda é inmóvil. Y así como antes, en los buenos tiempos desaparecidos, habíale dado con su carne el amor y el espasmo, ahora, con los reflejos de esa misma carne, todavía más castamente, más serenamente, daríale lo que le faltaba para adueñarse de toda la gama de su arte: no sólo la magia del color y la gloria de la luz y de la vida, que él ya creía poseer hasta donde grandezas tamañas se poseen, ¡no!, daríale ahora también, ¡desde allá!..., la gloria de la sombra y de la muerte.

Por ser en la mañana la hora de la cátedra—de nueve á diez y media—y por la distancia que separa la academia de las calles de los Flores, hubo que reformar radicalmente el pernicioso régimen á que Salvador y sus hijas se

RECONQUISTA

abandonaron á raíz del fallecimiento que los enlutaba, las levantadas tarde, el desorden en las comidas, la libertad de las pequeñas y el vagar del artista. A contar del día de la clase inaugural, los habitantes de la casita se sistematizaron: abriéronse muy temprano ventanas y puertas; por las habitaciones, el sol y el viento penetraron á su antojo y hasta de melancolías limpiáronlas, las melancolías persistentes que habían permanecido pegadas á muebles y muros, como asfódelos ó parietarias; á buena hora, la escoba gruñó su intermitente áspero canto de cigarra; el plumero hendió los aires con sus plumas mustias, simulando pajarraco entumecido que no pudiera tender el vuelo; y del baño en que las niñas se aseaban entre chillidos y risas, por los corredores, y por el jardincillo del patio, oyóse saltar el agua con glú-glúes jubilantes de gitana libertada al cabo de una prisión injusta y corta. En el estudio—en el que Salvador aguardaba el aviso de que el desayuno estaba servido, hojeando, para matar el tiempo, estampas y esbozos arrumbados en carteras viejas,—traíase el sol alborotos de granuja que todo lo quisiese ver y palpar. Tan luminoso y alegre mirábase el taller, que Salvador pudo, por la vez primera en más de un mes, contemplar á sus anchas y sin los negros pensamientos con que solía, el incompleto retrato de Emilia, desnuda en la tela, erguida en el caballete, de espaldas á todas las curiosidades y en cuyo torso parecía que el sol se detuviera con especiales complacencias compasivas, á fin de que, por obra de inaudito prodigio, el sabroso calor que derramaba en la carne del cuadro, fuera y calentara las horribles y heladas estrecheces de su sepulcro. La carne del cuadro casi vibraba con el beso de luz.

Sin embargo, algo amargó el parloteo de las niñas, durante el desayuno, el fantasma de la escuela á que ellas

F. GAMBOA

también iban á concurrir esa mañana en calidad de alumnas recomendadas muy particularmente á la benevolencia de las institutrices, ya de suyo benévolas y honorables. Una escuela convencional y de mentirijillas, sin rótulo afuera ni programas adentro, á cargo de una viuda anciana y de sus dos hijas, no jóvenes ni agraciadas por cierto, pero más valientes y luchadoras que muchos hombres de los que se pavonean por ahí alardeando de serlo. Sumidas en la habitación interior de una casa baja de tres viviendas—muy próxima á la alameda de Santa María,—manteníanse de coser para tiendas y contratistas del vestuario de la tropa, y como jugando, por un módico estipendio, enseñaban las primeras letras (á la antigua: silabario y doctrina coreada) á algunos arrapiezos de los contornos. Las tres mujeres habían conocido á Emilia cuando la trasladación del pintor al nuevo barrio, y aun con ella charlado algún domingo en el atrio de la parroquia de San Cosme, al concluir la misa de las diez, ó á la salida de la novena que en la capilla de Los Josefinos rézase por Nuestra Señora del Consuelo, patrona del templo y muy venerada imagen de la colonia. Una ocasión obligáronla á entrar, á la casa de ellas, para que descansara; y de ellas y de la pobre casa partió Emilia prendada.

—Si vieras qué interesantes son y qué sencillas—le dijo á Salvador.—Les he prometido que tu irías á visitarlas conmigo, y que cuando éstas (*por Evangelina y Magdalena*) crezcan un poquito más, se las mandaremos para que nos las enseñen á leer...

Pero el propósito nunca pasó de tal, de uno de tantos cuya ejecución vamos posponiendo hasta que se olvidan; y si no es por la cátedra de Salvador, por la necesidad que aparejada llevábale de desertar su domicilio por las

RECONQUISTA

mañanas, quizá no hubiera vuelto ni á recordar la existencia de las maestras, «las señoritas», según en la vecindad apellidábanlas. Identificándose como «el viudo de Emilia», estuvo á verlas, y con cariño tan manifiesto hablóles de su esposa muerta y les recomendó á sus hijas, que las tres almas sencillas que lo atendían, simpatizaron de veras con su duelo y desde luego comprometieron á tratar á Magdalena y Evangelina con exceso de mimos y ternura.

En tanto la visita se prolongó, no pudo substraerse Salvador al contraído hábito profesional de acumular en su experta retina, habituada á este ejercicio, lo más posible de colores y claro-oscuros de estancias decoradas y mueblajes, por fementidos que ellos fuesen; de contrastes, rasgos salientes y características de pergeños é individuos.

Quien más lo atrajo fué la anciana, por su fisonomía moral y por su fisonomía material; acusaba en ésta un aseo grandísimo de su persona, algo encorvada ya y apenas tirando á gruesa. Sentada en silla baja, de costura, su cuerpo vestido de un luto riguroso surgía de entre las piezas desdobladas de género blanco que sin duda cortaba al entrar Salvador; sobre su pecho flácido por los años, sin curvas femeninas, caíanle un pañuelo de seda sujeto con un medallón de retrato, un Crucifijo monástico de bronce, y unos espejuelos baratos y corrientes, con estambre en sus resortes para que no molestara su presión en la ternilla. La barba, carnosa, con tendencias á papada; sin un solo diente la boca, y, ello no obstante, agradable á la vista; la nariz, afilada; los ojos, en camino del fondo de sus cuencas, sin pestañas, los párpados cansados y las cejas sombreando aquellas ruinas. La frente, con hondas arrugas múltiples, de terreno muy surcado por el arado de las

F. GAMBOA

preocupaciones y de las tristezas, y en la cabeza, las canas alisadísimas y divididas por una ancha raya: hilos é hilos de plata pura que en madeja anudábanse hacia atrás; toda la persona respirando bondad y mansedumbre, no espontánea, sino adquirida, las pasiones domeñadas, una piadosa conformidad discreta con cuanto de bueno y de malo nos acaece aquí abajo. Y nada de silencios poco sinceros, ó exclamaciones mojigatas, ó palabras y sentencias sibilinas, al contrario, una naturalidad encantadora, un oportuno reír y un atinado terciar en el diálogo que sus hijas sostuvieron con el artista.

Las pocas alumnas del plantel, que asistían al ajuste y á las recomendaciones en obsequio de las futuras educandas, advirtió Salvador que se manifestaban contentísimas: leyendo unas, de barriga encima del albeante entarimado, en el que hincaban los codos mientras los dedos de sus manos ora entrábanse en las ventanillas de las narices sonrosadas y gulusmeantes, ora en las boquitas entreabiertas y color de granada; otras cosían, en sus «dechados», meciéndose en enanos asientos de paja, muy cruzadas de piernas, en posturas de delicioso impudor infantil; otras, entraban y salían, habla que te habla á solas ó al montón de trapos que arrullaban entre sus brazos, á guisa de rorros; y un par de diablillos, varones, á un lado y otro de la anciana, disputábanse á tirones la posesión y momentáneo usufructo de los espejuelos...

Y eso, eso era lo que Salvador buscaba para sus hijas, que á nada las obligaran, que no se las atormentasen antes de tiempo con aprendizajes imposibles; que las dejaran jugar, charlar, reír, aunque entre juego y risa se les fueran grabando, insensible y lentamente, las letras del alfabeto, y los números, y el cómo se hacen las sílabas y las palabras... ¡estas indispensables palabras maldecidas!

RECONQUISTA

A punto de marcharse, Salvador descubrió colgado sobre una cómoda, y entre diversos santos y santas de litografía, el retrato de un oficial subalterno del ejército de línea, en fotografía borrosa de tamaño «imperial», dentro de marco con vidrio. Abajo, y sin que pudiera saberse si era por los santos ó por el imberbe teniente, chisporroteaba una lamparilla de mariposa, y en dos frascos de mostaza francesa sin brevete, marchitábanse dos manojos de flores recién cortadas.

—¡Es Ricardo, mi único hijo hombre!—le explicó la anciana que había seguido la mirada de Salvador.

Y Salvador vió pasar por los semblantes de las hijas tristísima nube de dolor; por el semblante de la madre—tan próxima al morir—un rayo de amorosa alegría, una esperanza de inmediata reunión de espíritus, lejos de esta tierra bárbara y de estos hombres fraticidas que nos matan á nuestros hijos, á todo lo que amamos más, y se lo llevan á las tumbas y á los gusanos.

—Me lo mataron muy joven—continuó la anciana en medio del silencio que había invadido la estancia,—cuando el pronunciamiento de la Ciudadela...

Ante la evocación del fúnebre drama ignorado, las tres mujeres callaron; una de las dos hermanas ocultó su turbación examinando la aguja de la abierta máquina de coser; la otra, levantando del suelo un pedazo de trapo, que en el suelo volvió á dejar; y la anciana, cuya maternidad inagotable persistía á través del tiempo y de las vicisitudes, atrajo á su regazo—exhausto ya de savia, pero quizá en memoria del hijo ausente en la muerte—las cabecitas rizadas de los dos diablillos que la asediaban y en él se acomodaron gustosísimos, como en molde hospitalario, cariñoso y fuerte para su infancia frágil...

—De consiguiente—perorábales Salvador durante el desayuno á Evangelina y Magdalena, después de haber pintado con muy grato colorido á las que iban á ser sus maestras,—no hay que apesadumbrarse, ¡ea! ¡Ríete tú, Magda!... Y tú, Eva, ¡alza la cara!, que no me gusta verlas afligidas... Aquello no es colegio, ni muchísimo menos; no hay castigos, ni tarea, ni regaños; si quieren, aprenden á coser ó á leer, ó las dos cosas; si no quieren, no aprenden nada, no me dan puntada ni me abren silabario, que tiempo sobra, más adelante... Van y juegan, con los otros niños... vaya, y si dentro de una semana ni así se hallan contentas, las saco y se me quedan aquí, en su casa, suceda lo que suceda... ¿Les parece?... ¿Sí?... Pues andando, que van á dar las ocho; iré á dejarlas yo mismo y tomaré el tranvía que sigue, me es igual...

La despedida en forma fué en la reja del jardín, á cuyo fondo estaba el colegio famoso. Salieron las maestras á recibir á las recién llegadas, que no se decidían á soltar á Salvador, medio agazapado para mejor alcanzar á los rostros de sus hijas, en los que estampaba más besos aún de los que las dos criaturas le prodigaban abrazadas á su cuello. Ante la extrañeza de las dos señoritas solteronas—muy sorprendidas de que la brevisima separación diaria de unas cuantas horas originárale á las niñas y á su padre extremos tamaños,—Salvador tuvo una tirada filosófica, dicha mitad en broma, mitad en veras, mientras él se serenaba y las niñas desasíanse al fin de sus manos: aunque nuestra existencia no sea sino una serie de separaciones de personas y objetos, nunca nos conformamos con ellas, ni con las pasajeras, que son las más, entre otras causas, porque el menor accidente inesperado é improbable, puede convertírnoslas en definitivas...

—Algo han de saber Uds., pues de estas cosas todos

sabemos, por lo cual, lejos de que mi proceder les extrañe, compadézcanme y cuiden mucho de mis criaturas... Hoy he amanecido tierno.

Y riendo se alejó, detúvose á unos pasos para encender un cigarro, y todavía de la plataforma del urbano se despidió del grupo, con el sombrero y grandes reverencias, cómicamente.

Mecido por el rápido rodar del tranvía—á esas horas tripulado por los empleados y empleadas en el comercio y en oficinas del Gobierno,—de ver tanto rostro halagüeño vuelto al vecino de asiento en animada charla, ó inclinado sobre los diarios matutinos que abrían y doblaban con apagado rumor, ó contemplando por los ventanillos, plácidamente, la huida en contraria dirección á la del tranvía, de las casas, de las calles, de los árboles, de los postes del alumbrado, de los transeuntes y vehículos, sentía Salvador como un íntimo contento que lo rejuveneciera y sin fundamento lo alegrara, un placer meramente animal de respirar y de vivir, de saberse viril y sano, independiente y artista. Miraba á los pasajeros, á las calles—hasta los anuncios impresos, del techo del wagón,—y la sangre circulábale más contenta cada vez; el cerebro, allá en sus alturas, andaba acarreándole muy satisfecho, para el discurso inaugural de su cátedra, unos principios y unos finales de frases oratorias que, así, pensadas, sonaban armoniosamente á ovación y victoria. Todo atribuíalo al poético encanto de las mañanas diáfanas y ebrias de luz de este portentoso valle en que se alza nuestra vetusta ciudad de México, cuando nada oculta las crestas de las azules serranías que lo limitan ni la nevada cima de sus volcanes; graves y pensativos, en el horizonte lejano. Tan abstraído dejábase llevar, que no habría podido decir á punto fijo cuándo comenzó á mirar con involuntaria insistencia la

F. GAMBOA

cara y el cuerpo de la preciosa muchacha que le quedaba enfrente y que Dios sabe en qué esquina montaría. Cuando de su terquedad se percató—con la que había obligado á la chica á no moverse ni levantar los hermosísimos ojos negros por no topar con los de Salvador,—Salvador apartó los suyos, marcadamente, y á hurtadillas púsose á determinar lo que antes viera sin criterio. Nada, una muchacha guapa, guapísima, pobremente vestida, pero con la coquetería y natural alíño en hembra joven y agraciada; sería, muy sería, y camino, al parecer, de su trabajo.

—¡Qué bocado!—pensó luego de detallarla con discreción; y aunque en ese propio instante el recuerdo de Emilia aleteó en su memoria, no experimentó el pintor ni asomos de remordimiento—circunstancia que le chocó,—antes cierta confianza mental de que no obraba reprobadamente al admirar y codiciar aquella juventud que al paso salíale y tentábalo con sólo mostrársele; cual si Emilia fuese la primera en comprender que los muertos no pueden estorbar el que los vivos se encuentren y se quieran, ni tomar á infidelidad ó á ofensa lo que no es sino estricto cumplimiento de suprema ley... Argucias, sofismas de macho habituado á amar, que, de súbito, quédase libre y á solas, é instintivamente torna adonde lo guía el genio de la especie.

A partir de la esquina de Santa Isabel principió el descenso de pasajeros, con el de los empleados en la compañía de teléfonos: un pequeño grupo, formado más de mujeres que de hombres, saludándose sin entusiasmos conforme convergían al zaguán del inmueble, desconsolados y mohinos de antemano ante la infalible perspectiva de monótona labor que despiadadamente alarga el discurrir de las horas y no consiente, por su especial índole, hurtarse unos

RECONQUISTA

minutos de esparcimiento y ocio. La muchacha permaneció en su sitio: no trabajaba en los teléfonos.

Moderaba el tranvía sus andares á causa del aumento de tráfico con que se congestionan las calles céntricas de la ciudad, y en cada nueva esquina deteníase á soltar más pasajeros. En la del callejón de Santa Clara se apeó la muchacha, no sin cerciorarse previamente, con la habilidad que su sexo sabe desplegar para hacer eso y cosas más arriesgadas sin comprometerse en lo mínimo, de si su admirador continuaba admirándola; irguió el airoso talle provocante de mujer núbil y bella, y so pretexto de recogerse la falda del vestido, para bajar, se convenció de que Salvador mirábala embelesado y con la vista la seguía en tanto el tranvía y ella también echaban á andar, el cuerpo de la chica cimbrándose cadenciosamente por la acera, con suaves ondulaciones de fruto maduro.

—¡Real moza!—dijose Salvador á sí mismo. Y, sin gradaciones, volvió á pensar en su cátedra y en su discurso; aunque por algunos segundos todavía vibró en su retina la silueta voluptuosa.

Al doblar el tranvía la curva de Tacuba y el Empedradillo, estalló en la Catedral el repique á vuelo de las ocho y media; tenía tiempo para bajarse hasta el kiosco de los urbanos, cruzar en toda calma el jardín de la Plaza de Armas y llegar á la Academia costeano Palacio por la calle de la Moneda. A media Plaza iría, deleitado con el hormigueante espectáculo del jardín y sus afueras, inundados de sol, movimiento y ruido, cuando escuchó toques de cornetas y redoblar de tambores, frente á Palacio, y vió, dándole á él las espaldas, una doble fila de soldados en irreprochable alineamiento, armas y galones despidiendo destellos tan vivos, que, á la distancia, simulaban héroes—¡de regreso de quién sabe qué conquistas y victo-

rias fantásticas!—á los que el sol nimbara de oro, con regia aureola de recompensa.

Era el diario cambio de guardias que van á tomar el santo y seña, á que las revisten, para encaminarse luego á sus cuarteles, á pie todos, artilleros, dragones é infantes, encabezados por sus bandas que regulan y ritman, al enérgico compás de sus notas marciales, la marcha viril de esos fragmentos de ejército. Apresuró el paso Salvador á fin de no perder tal desfile—del que había gustado desde estudiante sin nunca desperdiciarlo cuando por acaso lo pillaba la hora en cercanías de Palacio. Casi completo lo alcanzó, al tronar la voz de mando del coronel:

—¡Guardias, á sus respectivos destinos!...

La inmensa columna compacta se desagregó serpenteando á modo de amaestrado reptil monstruo, que antes de resolverse á atacar ó á huir, desperezárase y moviera sus púas y escamas metálicas.

...allá iban, apuestos, macizos, hermosos en su conjunto; sueltos los ademanes y el mirar alto; al hombro los fusiles, los rifles y los sables, que, como espejos relucían por sobre el obscuro tono de los uniformes y la opacidad de correajes y cartucheras; coronados por las manchas blancas de los paños de sol de los schacós y por los erectos pompones rojos de los kepis; las teceas, amarillentas, imitando bronce antiguo, diciendo á gritos que eso eran los hombres, eso, bronce puro para las fatigas, para el dolor y la muerte de las batallas.

...allá iban, disciplinados, mudos, con irresistible ímpetu de masa obediente y ciega á la que nadie contiene ni nada ataja, á menos de no despedazarla.

...allá iban, á sus cuarteles, con rumor de elemento en marcha, roncamente martilleando los adoquinados sonoros con su andar firme y casi mecánico; á la cabeza de los

destacamentos, las bandas de trompetas y tambores, las bandas de clarines, á las que precedían los granujas y golfos desarrapados, los canes de tropa, ariscos y serios, mientras en los aires se desgranaban las notas brillantes de los paso-dobles triunfales...

Salvador también redobló el suyo, que ahora sí que se le hacía tarde por haberse estado bobeando como un chiquillo cualquiera frente á espectáculo tan trivial y repetido. No podía remediarlo: la vista de la tropa removiale sus fibras más sensibles y elevadas; que sé yo qué himnos de esperanza cantábanle por dentro las fanfarrias y los desfiles militares; y lo que es la bandera, el pedazo de trapo que valiente y devotamente llevan en alto los alféreces á ella unidos por solemnes esponsales de vida y de honra, esa bandera que tantos recuerdos de sangre cobija entre sus pliegues y á la que tantas luchas aguardan todavía, para Salvador simbolizaba la Patria en que ya no creen los que sólo á la Ciencia adoran, el enjambre de retóricos que la tratan con irritante superioridad compasiva, cual si fuese un viejo recuerdo deleznable á punto de caer y tornarse polvo.

Y se le antojó halagüeño augurio el que hasta las puertas de la Academia lo acompañara el eco de las marchas que se desvanecían conforme alejábanse. A su vez, él triunfaría en el aula, con la paleta y los pinceles; su misión, su profesorado estimulábanlo, le comunicaban energías poderosísimas. A su vez iba al asalto, á la lucha, al más noble de los sacerdocios: enseñar arte, á que un puñado de juventudes entusiastas aprendiese, con su voz y ejemplo, á amar la belleza.

Todo trémulo de emoción entró en la Academia, bien acompañado del recuerdo de Emilia, que inopinadamente se le posó en la memoria é igual á esos pájaros cantores

que sin que se sepa por dónde entran ni por dónde salen pónanse en las largas ventanas góticas de las viejas catedrales, y en los solemnes instantes de la elevación de las hostias—prosternados todos los fieles y de rodillas todas las almas—lanzan por las bóvedas sus mejores gorjeos, repétiale la dulce promesa de las horas negras, de desaliento: «De profesor has de ir á tu Academia, ¡ya lo verás!»

Y de verlo ahora, no daba crédito á sus ojos, que luego de saludar al conserje—un antiguo conocido,—entrecerró, para que no se le escapara el alado recuerdo de su muerta...

Muy grata sorpresa tuvo al comenzar á subir la espaciosa escalera conventual del edificio: en la meseta aguardábanlo muchos de los profesores, sus amigos, y el grupo de alumnos que serían sus discípulos en seguida; al verlo subir, lo saludaron con salva de aplausos. Conmovido y recobrando el sentido de lo real, Salvador se quitó el sombrero y fué estrechando con la diestra tendida una porción de manos que le oprimían la suya efusivamente.

—¡No, no aplaudirme todavía, todavía no!... Hasta que no triunfemos, si es que triunfamos; hasta fines de este año; hasta fines de los tantos años que necesitamos para triunfar!...

Con el grupo confundido, acabó de ascender, simbólicamente, hasta arriba, hasta la meta, hasta donde los peldaños de la escuela llegaban; lo restante, lo que de la ascensión faltaba, treparíalo también, en las alas de su talento y en las del cariño de sus discípulos, desligado de convencionales preceptos, de la estrecha sujeción ignara á los cánones ministeriales á que se sujeta la mayoría de los profesores por no perder la pitanza conquistada, las más de las ocasiones, menos por los méritos propios que por dudosos influjos ú otros amaños. Él ascendería, acabaría la difícilísima ascensión de la escala santa, seguido de unos

cuantos enamorados del arte, como él mismo, de los pocos discípulos que resultasen artistas de verdad y que á pesar de lo ingrato del medio, por alcanzar el ideal en las regiones misteriosas y serenas donde palpita, resueltos lo persiguieran.

Y al inaugurar su cátedra, algo por el estilo dijoles; algo nuevo para los oídos atentos que simpáticamente lo escuchaban, aquel racimo de voluntades juveniles que al igual de todas las juventudes, vivían su fugaz vivir de rosas en intranquila y virginal espera del Mesías de su esperanza y de sus sueños; del peregrino de las rutas que deben recorrerse á fin de arribar á lo grande y á lo noble, aunque lo pequeño y lo vil—¡las zarzas del camino!—desgarre las plantas que vacilan; del descifrador de los misterios presentidos y ocultos que se divisan más allá de lo mezquino y de lo malo; del guía experto y valeroso que sabe conducir á término la incesante peregrinación de anhelos que á diario emprenden las juventudes sin malicias suficientes aún—no obstante su precocidad é inteligencia—para sortear los ataques traicioneros que en las encrucijadas de los bosques de este mundo traman y perpetran en su contra los lobos devoradores de esas confiadas Caperucitas de los cuentos.

Él, Salvador, los conduciría; esforzariase por desembarcarlos siquiera á la orilla de la Isla encantada á que enderezan sus pasos todos los artistas sin miedo que rumbo á ella hacen vela, no parando mientes en lo inseguro de sus embarcaciones; embarcaciones á las que la gente medrosa quedada en tierra—¡los más!—augura tormentas y naufragios, desde las solanas de sus enriquecidos presuntuosos é inmorales, desde las academias de sus sabios de cartel, desde los alcázares de sus gobiernos trágicos, y desde los corrales y guardidas donde los de Panurgo—¡la gran masa!—

F. GAMBOA

van y rumian sus piensos sin curarse de nada elevado y luminoso, encogiéndose de hombros, de antemano censurando á esos temerarios, á esos irregulares é independientes que con algo en sus espíritus y en sus cerebros, persiguen la quimera, y á las veces le dan alcance, entre las nubes.

Tales embarcaciones, sin embargo, siempre arriban, porque el piloto que las conduce es la Fe y no admite á su bordo sino á los creyentes y á los bravos; porque son las carabelas históricas, las de los nautas heroicos, las tripuladas por los descubridores y conquistadores de los mundos nuevos, que llegan siempre y descubren y conquistan las tierras de riqueza y de ensueño—en las que después se instalan los de Panurgo, la masa, los gobiernos, los sabios oficiales, los enriquecidos... Y entonces, hay que embarcarse una vez más ¡donde la masa penetra el arte muere! hay que llegar á la Isla encantada que huye de las multitudes bárbaras... Y la peregrinación perdura, perdurará, es la perpetua cruzada para ir á defender y rescatar la Belleza, grande y eterna...

A empresa tamaña se va solo é inerme, sin corazas ni yelmos, desde un principio resuelto á no ser comprendido, á no lucrar ni ganarse la estima de las sociedades que adoran el Becerro de Oro y para todos los dioses levantan los Gólgotas; desde un principio resuelto á carecer hasta del pan y el agua indispensables para no sucumbir en medio de los desiertos de arena, ¡más benignos y hospitalarios con ser de arena!, que los populosos desiertos sin fin de indiferencia y de ignorancia; resuelto desde un principio á pelear mucho, á padecer espantosos desfallecimientos; cuando se vence, á sufrir censuras y envidias, odios y enconos de los compañeros rezagados ó impotentes, y cuando se zozobra, piedad fingida y sarcástica de los que con

RECONQUISTA

nosotros se embarcaron y de los que nos vieron partir, allá, en los puertos abrigados y en las bahías tranquilas y azules...

Él, Salvador, se hallaba todavía á los comienzos del camino, unos cuantos pasos adelante de sus futuros discípulos, pero decidido á no detenerse:

—¿Querían seguirlo?...

Y los aplausos con que le respondió aquel grupo de juventudes delirantes, en pie sobre los bancos, aclamando al artista, ya famoso, que les sonreía desde la cátedra, apuntando con el brazo á las serenas y misteriosas regiones donde el ideal palpita, salvaron los muros de la escuela como bandada de palomas bíblicas partidas á difundir la buena nueva de que aún había en México amor y culto por la Belleza y por el Arte.